

ANTONIO JAÉN MORENTE

EL PROBLEMA ARTÍSTICO

DE LA

CIUDAD DE CÓRDOBA

CONFERENCIA PRONUNCIADA

EN EL CÍRCULO MERCANTIL POR INICIATIVA

DE LA

JUNTA DE DEFENSA Y PROGRESO



02.22.795

CÓRDOBA

IMPRESA MODERNA, CALLE MARÍA CRISTINA SIN NÚM

1922

EL PROBLEMA ARTÍSTICO DE LA CIUDAD

:: :: :: Conferencia pronunciada en el
Círculo Mercantil, en la noche del 10
de Diciembre de 1921. :: :: :: :: :: ::

El problema artístico de la Ciudad

POR

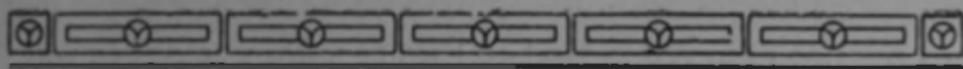
ANTONIO JAÉN



CÓRDOBA

IMPRENTA MODERNA.—CALLE MARÍA CRISTINA

1922



EL PROBLEMA ARTÍSTICO DE LA CIUDAD

Palabras liminares

Yo tengo para vosotros, señores míos, una conferencia breve y sencilla, dicha con toda la ecuanimidad posible; porque es la vez primera que fuera del rumor y del debatir de una lucha, me es permitido, sin temor de que se confundan los postulados ideológicos con los deseos personales, hablar de política cordobesa y hablar de ella en Córdoba; y colocado, si no al margen de vuestras ideales aspiraciones—que esas las estimo—al menos en la orilla del camino que conduce al Capitolio cordobés, puedo ser claro, sin que nadie vea recovecos en mi palabra, ni surja el vocablo, como flecha para herir; antes al contrario, si lo permite vuestra cortesía para conmigo, cortesía de la que habéis dado gentil muestra, refrendándola con las frases, altamente laudatorias, de vuestro Presidente, quiero sea reverberación de nuestra luz interior, luz que nos sirva para orientar.

Y al desagudizar la flecha, todo hay que decirlo, no es que se hayan mediatizado, como anda diciendo la malediciencia, mis radicalismos de antaño; es que éstos han florecido y se han purificado, espiritualizándose; porque no están aún tan lejanos los años mozos, que no haya vigor para el pensamiento, ni fortaleza para la acción; pero al florecer, es mejor la cosecha, y desde el árbol alto, «a mis soledades voy, de mis soledades vengo»—que dijo el poeta—quizá se avizore mejor el horizonte, y en él he visto un punto de confluencia que, llamando a capitulo las almas, pudiera hacer fructi-

fero nuestro paso por la ciudad. Esto es todo, y esto es lo que yo tenía el íntimo deber de decir, antes de adentrarme por las lindes de mi conferencia.

El alma de las ciudades

Los poetas y los artistas y también los «homes sesudos» que han ido por los atrayentes campos de la Sociología, han descubierto el alma de las ciudades: está formada ésta por una sutil e imponderable materia, destilada en el alambique de los siglos por cien generaciones, que la han purificado con su trabajo y su dolor.

En los pueblos viejos, como el nuestro, tiene una fuerza de emoción incoercible, pero que se impone a todos; idealistas y villanos, cultos e ineducados, nativos de la ciudad o venidos de allende, y que da también a la urbe una fisonomía especial y característica.

Quisiera, para hablar de ella, el sentido español de Angel Ganivet, para palpar con aquella maravilla psicológica que se llama «Granada la bella», o la profunda emoción ante las villas muertas que un día nos trajera Rodenbach, pero no siendo posible, sirvanos de guía nuestro propio corazón.

El rostro de la ciudad, su fisonomía, se aprecia en la disposición arquitectónica, por ser la arquitectura el arte social por excelencia, verdadero libro de piedra, auténtica historia que no engaña, donde la humanidad escribió su vida y dejó lo más hondo de sus sentires.

Por eso son ciertos, casi con una certeza de axioma, los postulados siguientes que han de servirme en toda mi disertación: «Cuantas veces se advierte en la historia que la arquitectura cambia de forma es que la civilización ha cambiado.» «Si hay una época en que no tienen originalidad las construcciones, puede asegurarse sin temor que tampoco la tienen sus ideas.»

Y con esos postulados, veréis como aflora ante nosotros el alma de la ciudad.

¿Pero tiene Córdoba alma?

No extrañéis conmigo la pregunta, ni os sintais con una leve participación en esta que semeja parecer una ofensa colectiva.

Si pudiésemos nosotros, por un extraordinario milagro, alzar al vigoroso romano, al del perfil cuadrado y al del paso enérgico y rotundo; traer al elegante y gentil artista árabe; al judío que bebió aquí agua tan pura como en Sión o al mozárabe castizo y cristiano y enseñarles la destrucción viva de su pueblo amado, rotos y esparcidos los sillares espirituales y permanentes de la ciudad, soterrados y hundidos sus templos, apaga las por siempre las lámparas votivas de sus mezquitas y acampadas en la villa unas sombras de almas, quemándonos todos en la llama viva de todos los vicios, como poseídas del sortilegio de la inanidad y de la sumisión, pensarían como so-ler pensamos todos cuando hablamos con nuestra conciencia.

Y verían a Córdoba, feudo infeudado siempre por ilusorios y deleznable derechos, sometido *ad perpetuam* a un poseedor. ¿Quién es el poseedor? Ya no es César, que la aplasta y la realza, pero al fin era César; ya no es un príncipe árabe, cualquiera de los magnos, que labra su vida y su fortuna en la propia cantera de su carácter, que acuchilla un día, pero que en otro hace que entre todas las urbes del mundo, luzca esplendente la ciudad. ¿Quién manda? ni siquiera lo sabe Córdoba; que por tan diversos y difíciles vericuetos viene canalizado el torrente del poder, y sólo podíamos decirle al pretérito antecesor que nos preguntase: «mira lo que queda de la vida y de la libre antorcha, tantas veces secular, de nuestra amada Ciudad.»

No ha servido que el Padre Séneca, que se anticipó a todos con su teoría de la voluntad y del deber, (eterna norma de principios de moral), haya dejado escrito aquel formidable pensamiento, que conociendo su pureza, luz de diamante, utilizara Víctor Hugo: «hay más esclavos voluntarios que forzosos»; más esclavos voluntarios que forzosos, es preciso repetirlo, para que quede vibrante en nuestras mentes y marcado a fuego; porque parece que para Córdoba no pensaron los hombres de entendimiento, ni dieron ejemplo los caracteres con su conducta, para asimilarnos la teoría energética de la voluntad.

Y sin embargo algo queda, a pesar de esta apariencia y de estas ruínas, que no han tenido ni un cantor para su grandeza; así como hay orfebres que cince'an la plata y los preciados metales, hay unos orfebres de la idea,—la idea oro puro—que trabajan como nuevos artífices en crear una nueva so-

ciudad, y no están solos; no se encierran en el que fué amurallado recinto de la urbe, ni caminan lentos y aislados por el laberinto romántico de sus calles; hay más, que no quieren ver los eternos depredadores, hay el campo y el pueblo, las únicas columnas de la patria.

El campo, el campo, ¿recordáis conmigo aquél trágico vibrar de las almas campesinas, que hace apenas un bienio, puso en conmoción el agro y la ciudad? Han perdido su trágica solemnidad; lentas, mansas y suaves, se inclinan hacia la tierra cumpliendo su sagrada misión, pero no fíaros; yo las he visto, sobre todo en esos crepúsculos en que la tierra, a media luz, parece que se idealiza y se funde en una cósmica aspiración; yo las he visto al recibir las hoces el prostimero rayo del sol, que es rojo; yo las he visto, quedándose un momento quietas, dibujar ante el mundo una formidable interrogación.

Es el eterno ¿por qué? que se ha formulado siempre la humanidad; pero dejémonos de estos sentires y veamos cómo nuestro Ayuntamiento ha cumplido el menester artístico a que le obligaba la rica herencia de una ciudad.

El Ayuntamiento y el siglo XIX

El Ayuntamiento cordobés no tiene, como defensor del Arte, una preclara historia. Desde los días de su comienzo se desenvuelve en varias etapas significativas: plenamente democrático al principio, tiene presto que luchar con las aspiraciones nobiliarias y luego, como todos, se rinde al cesarismo imperante; el silencio se ha hecho en la ciudad; sólo levanta su voz el Corregidor, extraño, altivo, banal e incomprendido.

¿Quién es el Corregidor? Es el anticipo, a menudo presuntuoso e iletrado, del gobernador de provincia; salvo muy contados nombres, es una losa de opresión que asfixia el alma de toda Córdoba, en nombre del poder absoluto de la lejana majestad.

Generalmente, nadie se ha preocupado del patrimonio artístico, y ni siquiera tuvo eco la voz de algún docto o de algún enamorado del Arte de Córdoba.

Sólo una vez, allá en los albores del siglo XVI, cuando el Cabildo Catedral, llevado de un equivocado propósito, se cons-

truye una catedral cristiana, pero despedazando previamente la mora mezquita, se alza un poco altiva la voz del Ayuntamiento, que intenta oponerse al desafuero, y siempre serán honra y preclaro don suyo las frases de su pregón: «mandamos que ningún albañil, ni cantero, ni carpintero, ni peón, no sean osados de tocar en la dicha obra, so pena de muerte »Después, nada.

El siglo XIX ha sido para nosotros de un vandalismo totalmente depredador; caen las murallas de Córdoba, sus bellas puertas y sus torres: desaparece la portada de la de Baeza, la torre de los Donceles, los templos artísticos son hundidos, sus restos pasto de contratistas sin fortuna, sus colecciones de arte toman camino de otros climas, y el bolsón judío del viejo charamilero se vacía parco en la urbe, pero arrebatando poco a poco todos nuestros tesoros; y los finales del siglo XIX son aún peores: ¿quién no recuerda al hundido San Jerónimo, San Pablo abandonado, San Cayetano en ruinas? Un soplo bárbaro asolando la ciudad, aliado con la inevitable injuria del tiempo.

Un sentido material y aun materialmente paupérrimo, es el dominante, y el Ayuntamiento, obligado y olvidadizo guardador, contribuye a ello por incuria, abandono y complicidad. Un siglo entero sin que un espíritu amoroso del arte y del alma de su pueblo penetre en la Casa de la Ciudad.

El Museo municipal

Y si a pesar de la dilapidación tenemos material amplio y abundante y ya nadie duda de nuestra colectiva obligación de salvar lo que quede y de recoger el alma de la ciudad, ¿cómo hemos de hacerlo?

Vamos por partes

Se impone la creación de un *Museo municipal*, que sea algo así como el relicario donde encerremos, para estudio y comprensión de las gentes todas, el viejo espíritu de Córdoba. Las ciudades que se estiman lo poseen, y aun aquellas que, como París, se anegan en universalidad y han sido cerebro y luz, no olvidan el cultivo especializado de su propia vida.

Este Museo debe recoger toda la gigante y enorme labor cordobesa; procurar que no haya libro ni trabajo de cordo-

bés ilustre que no figure en él, con amplio sentido de panteón (en el tono etimológico); ha de procurar que tenga representación todo lo que Córdoba hizo en si y fuera de si.

¿No causa verdadera indignación que estén desperdigadas en bibliotecas extrañas y en todos los ámbitos del mundo las obras de aquellos coterráneos nuestros, que triunfan y enseñan en París y Roma en pleno Renacimiento y en las magnas Universidades españolas de antaño?

¿Hay ni siquiera una sencilla lamina de las obras, por ejemplo, de Bartolomé Bermejo y de Alejo Fernández próceres y padres de la gran pintura de principios del siglo XVI?

¿Y de «las Córdobas» que fincan en el mundo y de los pueblos y demás lugares geográficos que llevan nuestro nombre, hay por curiosidad la mas somera noticia? Y cuenta que esto es historia grande y significó la expansión vital del alma cordobesa, en el decurso de los siglos y en todos los campos de la civilización. ¿Hay siquiera una nómina verídica de cordobeses ilustres?

Debe este Museo, punto de partida, como que es el inventario espiritual de un pueblo, recoger todo lo retrospectivo en su significación, en su obra o en su símbolo, para formar con fuego inextinto el lar de la ciudad.

Proyección del Museo

Pero no está o no estará su futura obra en recoger lo antiguo y hacerle un altar; mas que Museo es un hogar, una forja para el alma, lo que se intenta crear.

Prohijar debe y acuciar a la gente con un plan breve y sintético de enseñanzas cordobesistas, en la que exista una enseñanza general de arte.

Ya se yo, y por ventura mía me escuchan colegas beneméritos, que estas disciplinas tienen cultivo en algunos centros doctos de la villa, pero llevan otro sentido; el nuestro no es para crear técnicos, sino para crear las almas en emoción estética, algo así como una superestructura de la escuela, sea la Universidad de la ciudad de Córdoba, pero dedicada al cultivo de su alma.

Inventario artístico

Una consecuencia de este Museo será será la formación del inventario artístico de Córdoba; varias veces lo intentó el

Estado, respondiendo a otra orientación; nuestro inventario es más amplio, más complejo y más sentimental.

Los principales tesoros están en las iglesias: ya hay atisbos y conatos de que unos custodios más cuidadosos y más cultos pueden ofrecer una garantía para el estudio y conservación. No basta eso; las casas particulares y el tesoro arquitectónico y emocional deben ser inventariados; pero no con un inventario mortecino, sino con algo vivo que diga a las gentes lo que son y lo que significan, desde las murallas a la fíbula que labraron nuestros orfebres.

De ese inventario saldría el estudio de nuestro arte local. Por ejemplo, más imponente y más señor el estudio-guía de nuestra Catedral.

Prestigio tienen las catedrales de Toledo y León, y rivaliza con ellas en documento de piedra para el estudioso la Catedral de Sigüenza: todas tienen un libro guía casi perfecto; y nuestra basilica, a pesar de los estudios fragmentarios, aún carece de él, no solo en la parte árabe, sino en la labor cristiana; y en los rincones de nuestras capillas, aguardan sorpresas, lo mismo que en los folios de su archivo; esto podría ser orientado; desde luego me atrevo a asegurar, con la entusiasta y precisa colaboración del Cabildo Catedral, que a ello estaría sin duda favorablemente dispuesto.

Creación de un estilo

Paralelamente, y como consecuencia mejor de esta concentración de elementos espirituales, en el relicario de nuestra ciudad vendrá algo muy preciso, la conservación, o si queréis, la creación de un estilo arquitectónico con carácter privativamente cordobés.

Todos los sabéis; los técnicos que tengo el placer de que me atiendan, lo aprecian mejor que yo; que un estilo no lo crea un hombre solo, y menos en arquitectura, por muy sobresaliente que sea; jamás el arte toleró regímenes absolutos, y en él se ha impuesto, por lo menos, la fórmula política constitucional.

Los estilos los hace una época, y los crea lentamente una selección y una motivación cultural; los crea de un modo seguro la conciencia de un pueblo o de una raza; cuando ésta o aquél acusan sus propios caracteres y labran en la cantera

de su mismo sentimiento, surge esa conciencia colectiva, señora de sí, apreciadora de su valía, y entonces se crean con señorío los estilos arquitectónicos, y se da al arte, íntima expresión social, el sello tipo de una personalidad y de una grandeza, que a veces suele ser históricamente imperecedera.

Ahí está Sevilla dándonos un atrayente y poderoso ejemplo: ella se creó un deseo, una conciencia de sí, y después sus artistas, inspirándose en motivos típicos del renacimiento y del árabe sevillano, le dieron policromías y luz, y han hecho algo privativo de su generación; ya tienen algo más que mostrar al mundo que los legados de sus antepasados; han hecho la huella de su paso, no han pisado siempre en el mismo surco.

En Córdoba hay tres ciudades sepultadas: a unos siete metros, como base, la «urbi quadrata», lo que queda de Roma; encima la árabe, y en el último plano la cristiana; todas ellas han dejado ejemplos y ofrecen motivación para crear un estilo.

Si Sevilla lo ha hecho, Córdoba también puede efectuarlo, y su severidad serena puede obtener una fisonomía arquitectónica propia y especial.

La casa cordobesa

¡Qué interesante sería un estudio sobre la casa cordobesa, como capítulo especial de la habitación humana! Las hay muy antiguas en la ciudad; desde la casa fortaleza a los tipos que va marcando la evolución arquitectónica de cada siglo.

Pero todas acusán una gran ciudad; sobre todo el siglo XVI, que encontraba muy cercanos los bellos tipos árabes, construye sobre estos modelos y hace casas singulares.

La nuestra, fundamentalmente, es la casa oriental, la que viene dominando por toda la orilla mediterránea, pero con la modificación que da la situación geográfica.

Alguien ha querido dividir, en división demasiado esquemática, los tipos de casas por la influencia de los fenómenos metereológicos, en casa del aire, de la lluvia y del sol.

Las de lluvia, casas nórdicas, las de los chapiteles apizarrados, en planos inclinados, para defenderse del agua y de la nieve.

La del aire, tipo esas casas de piedra, de las comarcas se-

govianas, fuertemente batidas por el cierzo, que tienen aspecto de fortaleza; y la abierta casa del sol, con la azotea característica, que es observatorio y pulmón, dominio y retiro.

La nuestra es la casa del sol, modificada por la latitud, un poco menos abierta; pero es la casa típicamente oriental y el patio, sobre todo el patio, cerrado y empedrado de guijas, cuyo tipo se conserva aquí, es lo que más acusa esta procedencia.

Es curioso este matiz diferencial de los patios que se observa en toda Andalucía, y especialmente entre Córdoba y Sevilla; el patio sevillano es el patio romano, exaltado con sus muebles, sus mármoles y su lujo, en él se vive; el patio cordobés es solo el espacio dado al sol.

Claro que lo dicho aquí, en forma sintética, no es un estudio, sino una impresión, un deseo de que no se construyan más esas odiosas casas que todos conocéis: de un exotismo de revista ilustrada las más pretenciosas; otras de una pobreza de concepción y de medios, totalmente inadecuadas y faltas de decoro y de belleza.

Y reconquistada la casa, no acaban aquí las ideaciones y reivindicaciones, que en unión de otras, yo espero salgan de ese Museo municipal y de sus órganos complementarios.

En manos que no deben estar hay parte de nuestras edificaciones; hay que reconquistar el Alcázar, mansión hoy de los precitos; es preciso descubrir la gran Sinagoga, quizá perdida entre los restos de una gran casa cordobesa, una de las que más han sufrido del horror del vándalo. Y así sucesivamente ¿no es una sensación de tristeza ver, por ejemplo, esa iglesia de Santiago, perdida toda y recubierta, enmascarada por el yeso, cuando es sin duda de lo que podrá ser lo mejor de Córdoba? ¿Y San Nicolás? Afeada ya por siglos la mejor torre de toda la comarca, por ese odioso chapitel que le quita toda su fisonomía y toda su gentileza; ¿y San Lorenzo, tan soberbiamente emplazada, la iglesia de mejor perspectiva de la ciudad, afeada por el pórtico pegadizo y postizo que oculta toda la parte inferior de su fachada? Y así podríamos multiplicar los ejemplos, para ir reivindicando tanto ejemplar de belleza, tanta edificación grande o humilde, tanto rincón perdido, tanto remanso espiritual, donde parece se ha detenido el tiempo, para ofrecer paz a la vida y regocijo a las almas.

Los jardines

En el verdadero apostolado que en todos los órdenes se impone en la causa por la ciudad, hay también el muy bello capítulo de los jardines de Córdoba.

No es tan sencillo como parece el arte de la jardinería; de él ha habido artistas selectos, y muchos pueblos han constituido con ellos su nombradía y el espejo de su propia belleza.

También en simple división aparecen lo tipos de jardines inglés, francés y español; es el primero geométrico, usando y abusando de la línea recta; es el francés como una mancha grande de color. un jardín pictórico, tiene la suave y majestuosa elegancia que se ve con esa luz propia de los paisajes de Lorena, y sus ramas se inclinan ante el viandante con majestad de saludo.

El español, dentro de su unidad, tiene varios matices, que van desde el escurialense al del Generalife; en el jardín español no se ve tan patente la mano humana; se acerca más a la naturaleza, participa de algo de bosque y en algunos se acerca a la selva; es un jardín solemne, algo sombrío, tirando a triste; es para mí un jardín literario, que requiere una lectura anterior, como una estampa grande que sirviera de ilustración a la vida hispana, y los encuentro asistidos de un poderoso ritmo interior.

Y este tipo de jardín hispano se diversifica en matices infinitos, con el jardín valenciano, granadino o de Sevilla; ésta ha restaurado sus jardines, quizá,—alguien lo ha dicho,—con aspecto un poco dulce, muy sentimental, como estampa romántica para las novelas del pasado siglo; y Córdoba no puede olvidar esta ruta de arte.

Sin embargo, en la ciudad actual, la que alcanza a nosotros, a pesar de las tradiciones anteriores y de las magnas descripciones de antaño, parece que Córdoba no tiene jardín, en el sentido que la gente entiende; lo típico nuestro es el *huerto-jardín*, de que había tantos ejemplares en los barrios de la ciudad y que van poco a poco desapareciendo ante otros deseos y otras manifestaciones de vida, que indudablemente no tienen aquella singular atracción de su íntima y profunda emoción de arte; conmigo y con añoranza, recordaréis todos algunos lugares ya perdidos, en los que parecía

como si la ciudad hubiese cogido el campo a puñados, y preso aquí, se lo hubiese apropiado, urbanizando su alma, y sirviesen de marco para crear las vidas, con aquella singular emoción, que dijo de ellos Fray Luis.

Alguna vez, un pequeño grupo de camaradas, acogidos con cordialidad por algunos ediles, hablamos de restaurar estos jardines; y surgieron los proyectos y las ideaciones de entusiasmo y de color: quisimos crear el jardincito de la Plaza de las Bulas, que es, y podrá ser, la más bella placeta de la Córdoba que tiene lo más hondo de su alma en ese barrio, entre cristiano y judío; soñamos con el «Jardín de los plateros», situándolo en la Ribera, para al mismo tiempo conmemorar los ilustres nombres de plateros cordobeses, tan artistas, y a quienes debe tanto la historia artística de Córdoba; y pensamos en el «Jardín del pueblo», hecho en la Plaza del Corazón de María, en el barrio popular de San Lorenzo: cada jardín con su matiz, cada jardín con su alma, con sus plantas propias, porque las plantas hablan; cada una tiene su lugar apropiado, y al jardín de San Lorenzo queríamos llevar nosotros el pino bravío y el olivo del campo, que allí tienen su significación.

Todo, por ahora, no es más que un bello sueño, y acudir debemos, y se impone, al Ayuntamiento; si no construye ni coadyuva al tesoro, por lo menos que no destruya; ahí está amenazada, por no sé qué planes urbanos, la Huerta del Rey; con sus árboles, con su ideal emplazamiento, con su agua suficiente, parque único de Córdoba, que por belleza y por higiene debe ser respetado; y es delito de lesa estética y de lesa cordobésismo, que entre allí el hacha impía del leñador municipal, y nos quite lo que ya tenemos y deberán restaurar otras generaciones, que no comprenderán nuestra equivocada conducta.

La escultura y San Rafael

Es preciso, además, poblar nuestros jardines con el homenaje a las almas pretéritas, a los hombres ya lejanos, idos; los que sintieron e ilustraron la ciudad; es necesario labrar sus esculturas. Varios conatos se han hecho en Córdoba, y de todos sólo quedó triunfante la representación escultórica de San Rafael.

No hay que extrañarse de ello; siempre hemos sido un

poco refractarios en Córdoba, y en España entera, a la gran escultura. ¿Causas, motivos, antecedentes? ya se han dicho y pretendido explicar: en Córdoba, el cruce de dos razas, que cada una a su modo, odia, o por lo menos no ama, el desnudo escultórico, tiene una adecuada explicación.

Hoy parece se vuelve por otros caminos, y la antorcha helénica queremos nos alumbrar de nuevo; pero es lo cierto, que durante siglos, casi la única motivación escultórica de Córdoba, es la imagen de San Rafael.

San Rafael, no ha tenido suerte, como inspirador de una gran obra de arte: su influencia en la literatura cordobesa ha sido enorme—de ello hablaremos algún día—pero sin producir una labor de supremacía; salvo, para mí al menos, la genial inspiración del Duque de Rivas, en el destierro de Malta, y alguna obra de platería cordobesa, lo demás es deleznable.

San Rafael, como obra de arte, me ha hecho meditar; en él se da un fenómeno de continuidad y perpetuación, que voy a exponer, con vuestra venia.

Cuando Córdoba es Roma, una continuación y hasta con un pequeño asomo de rivalidad, es Minerva el numen; quitadle a San Rafael las alas, cambiadle el báculo del peregrino por la lanza, ponédle un casco, y es una «Victoria» romana.

¿Es esto mera casualidad? ¿Es que cuando hubo que darle plástica representación, a raíz del establecimiento de su protectorado, los artistas lo vistieron y pintaron a la moda renaciente de entonces? ¿O que así lo vió el electo visionario y así lo vistió en las galas de su fantasía y así lo describió a las gentes?

Podría ser una explicación; para mí es eso y es algo más; es la tradición cordobesa, de numen y de inteligencia; Minerva y Rafael, son la creencia y el alma de la ciudad, el hilo hondo y sutil que no se rompe nunca en los pueblos que tienen alma, aunque muy adentro la soterran; no es una casualidad, es la afloración del espíritu eterno y latente por doquier, y por eso con fé cristiana y con inspiración pagana se representó esa imagen, que para el artista tiene esa honda emoción; la continuación, la perpetuidad del numen divino, que el don de cada pueblo, en sí propio, encuentra el símbolo y el significado, el «ser y el estar» de su personalidad, a través de la corriente alborotada de los siglos.

Del idealismo a la realidad

Quizá si me escucha algún espíritu práctico de los de «peaje y rodaje», piense que esto dicho por mí son meras y vanas fantasmagorías, juguetes de imaginación, sutiles visiones, que desvanece el más pequeño airecillo y sin valoración económica; puede que tenga la fortuna de probarlas, que también en ellos suelen encontrarse ventajas, en lo que yo llamo una cuenta la participación, la participación con Sevilla.

Sevilla, se apresta y pule sus armas, para celebrar una exposición; tiene Sevilla el Maeztrazgo espiritual de Andalucía, que otras veces tuvimos y le disputamos nosotros; contra el hecho cada día más imponente de su grandeza, no caben recelos, hay que aceptarlo y colaborar con él; la exposición va a hacer a Sevilla mundial; por el río sagrado volverán las flotas de retorno, como un don del mundo a una reina; y una no interrumpida caravana de hombres, también pasará de Norte a Sur, rozando a Córdoba con su vista y su deseo, sin detenerse, por nuestra culpa, en este remanso, en donde hizo alto la raza para una de sus más nobles creaciones.

El sagrado Betis

Amo tanto al río que caracteriza a nuestra tierra y ha hecho la grandeza de Sevilla, que no me resisto a recordar las calidades del río histórico más potente que tiene la patria.

Es el río un brazo que las sirenas lanzan península adentro para abrazar la tierra seca y mostrarle el camino de la grandeza, que es el mar.

Por él, la Castilla seca, hosca, áspera, noble y bravia, pero aislada en su estepa y encuadrada por sus montañas, se asomó al Atlántico y al Mediterráneo.

Por él llegaron a España los latidos del viejo y pagano mar, que fué el foco de toda civilización; en él, la triangular vela latina, trajo los saberes helénicos, los gérmenes democráticos de Atenas, situada en nuestro mismo paralelo; lo surcó la técnica mercantil y la codicia fenecia, la fuerza romana y la suave palma del cristianismo; todo lo recibió a plenitud y todo hecho con generosidad hiperbólica, pues de él salieron

flotas que dan la vuelta al mundo, naos, donde con el tiempo darán carne a aquellos forzados de Dragut, que cantan sentidamente nuestro Góngora; por él, matriz de su pueblo se encauzó el poderío hispano, para debilitarse, reencarnando en una veintena de naciones; Marte y Minerva, han navegado por él para coronarlo de olivo pacífico y laurel guerrero, y él fué la vena caudal de Andalucía.

No creáis, señores, que me dejo suavemente balancear, soñando en el trapecio histórico del malabarista de la historia, que tanto se presta a estas ideaciones a posteriori; no, todo eso va a volver, y se dará aposento y cita en Sevilla; no habrá noche en su río porque todo será luz, y los nocturnos luminares, verdadero fuego que los hombres modernos han arrancado a los eternos dioses, se confundirán con el honrado sol de la mañana, el honrado sol del trabajo; será la consagración hispano-ibérica de España y el homenaje a Sevilla, porque idealismo y realidad, emoción noble y ventajas económicas, se abrazarán fuertemente, para ceñir de oro y laurel a la ciudad fraterna y cercana.

Córdoba no oye

Córdoba, no parece oír el formidable rumor espiritual que se levanta en Sevilla; lo escuchan algunos cordobeses, lo aplauden, pero nada más; y algunos, los menos, se preguntan: ¿Cómo hemos de colaborar nosotros?

No olvidar que Córdoba tiene un nombre mundial, nombre que se desafía con el de Roma y Atenas; el conjuro de su apellido tiene por raigambre secular, para las gentes leídas de todas las latitudes, un mágico conjuro.

¿Qué hemos de ofrecer nosotros a las innúmeras gentes que han de venir de otras pontanas comarcas, sugestionadas por el brillo de un nombre? De lo moderno nada; que en todo hoy nos superan; somos una casa grande, muy grande, pero venida tan a menos, que apenas guarda el glorioso blasón de la estirpe; no podemos ofrecer más que nuestra historia, lo que no se compra con todo el oro del mundo; y es inmediata y urgente la preparación, para que en este mundial e histórico certamen no perdamos el prestigio de nuestra nombradía, y se borre para siempre la empresa de nuestro blasón.

Porque, querámoslo o no, nos hemos de presentar a los ojos curiosos y ávidos de otras gentes; hay que enseñarles nuestra alma pero convenientemente dispuesta y aposentada; ved, pues, que enorme, inmediata y económica transcendencia, tiene el problema artístico de la ciudad.

Nuestra Medina Azahara, por ejemplo, es más singular que Itálica; no admite rivalidades, y ahí está, entre la indeferencia de casi todos, que solo algunos ponen su emoción en los labios, pidiendo ser un polo magnético de arte y de atracción universal

Aunque parezca orgullo colectivo, tiene tanta fuerza de emoción nuestra ciudad, que no puedo leer, sin aplicarla inmediatamente a ella, la irreverente expresión de D. Alvaro de Luna, político y poeta:

«Si Dios, Nuestro Salvador,
Ovier de tomar amiga,
Fuera mi competidor.»

Para buscarle a Córdoba estos competidores hay que recurrir a las emperatrices de las ciudades, y caminar muy alto y muy lejos por los mares ignotos del arte y de la historia.

Pero caminar con brújula, y eso me parece a mí que es lo que vosotros pretendéis.

Ensayo de democracia

Estáis haciendo un ensayo de democracia, porque en la proporción debida llega a todos el problema mundial de conciliar libertad y autoridad, haciendo que todas las construcciones ideológico-políticas entren, sin ser dignas de vivir, en una fase reconstructiva.

El viejo poder público, agotado y centralizador, con normas cesaristas y aportación externamente democrática, está en lo último de su vida, y de consonancia con ello, es preciso crear, no solo una ideación espiritualista, sino un poderoso instrumento de realidades

Hace ya tiempo que los tratadistas de política han hecho el mapa de los grandes movimientos ideológicos, los cuatro puntos cardinales, hacia los que se orienta todo pensamiento político; claro es, que no me refiero a los partidos, y menos aquí en Córdoba, que no responden estructuralmente a ninguna de las concepciones a que aludo.

Son estas tendencias: *la reaccionaria*, que vuelve la vista, pesarosa y añorante del pasado; es el último suspiro de un sentimentalismo hiperbólico; al volver la cara atrás, como la bíblica mujer de Lot, se ha convertido en piedra, y en la vida social va siendo una curiosidad arqueológica, un raro ente de museo social y político.

Es otra tendencia, *la conservadora*, la que suele creer que lo actual está bien, y hace idénticos en su ecuación mental, «el hecho y el derecho», «esto existe, esto es dice, luego hay que conservarlo; pierde fuerza de un modo creciente, ni aun sus propios y aparentes adeptos creen en esta ideología, que es, sin embargo, un poderoso peso muerto, antes que centro de estabilidad.

La *tendencia reformista* se confunde con los matices liberales, y puede decirse con su expresión característica: quiere marchar adelante, pero aventando toda violencia, y anda lindante con la *radical*, cuyo nombre no precisa de gran explicación; de raíz, violentamente si es preciso, hasta lo más hondo en la conciencia individual y colectiva.

Es seguro que estas tendencias no son las únicas, y que como rosa de los vientos, pueden trazarse en ellas meridianos que vayan dando matiz a las tendencias y personalizando los grupos políticos.

Pero si es cierto que la *tendencia reformista y radical* se han de partir el dominio del mundo ¿cuál vais a escoger? La de las más claras normas y de los más audaces pensamientos y la que lleve más presto al desencantamiento del alma de Córdoba; y cuidado mucho de D. Quijote, para que no vuelva a correr demasiado locas aventuras; pero entre éste y su escudero^o inclinados al señor, porque tengo siempre miedo de que Sancho paciente, Sancho lento, tosco, picaro, aldeano y desconfiado, nos avillane demasiado el ideal.

Nuevos artífices

O no sois nada, o debéis ser los artífices de una nueva idea, de esa que yo hablaba al principio; oigo el batir de los cinceles y el solemne golpear de los martillos que baten con ansia por una nueva ciudad, a la que hay que recibir con una brillante primavera.

Séneca, el padre Séneca, motivo inacabado e inagotable

de inspiración y de conducta, tiene normas inconfundibles y de una veracidad lapidaria y transcendente; permitidme de nuevo volver a él.

Un día dijo en sus cartas a Lucilio, «que la mayor parte de los hombres, son como los objetos que flotan en los rios: no v; n, se dejan llevar; tened como guía este pensamiento, y no dejaos llevar, id; pero id con todo espíritu, y hasta si no se incomoda vuestro ser colectivo, propugnando y aclarando el nombre con que os distinguís

¿Qué es eso de Juntas de Defensa? El hombre carece de originalidad, no lleva un sello propio y hasta parece de cepa conservadora; se defiende la propiedad, se defiende el orden en el viejo concepto de orden externo, se defiende lo que entienden por autoridad; su nombre es una limitación, tened presente que todo lo que solo se defiende, se rinde.

La Junta, con toda la ecuanimidad posible y exigible, debe ser de agresión, de irrupción, de asalto, con normas nuevas y conducta propia, para que lleve triunfante su ideal; ideal que es hoy la afirmación de la ciudad

Y como sonó Séneca, quiero otra vez me ilumine el espíritu moderno mas senequista de España; tan cercano a él, que no es de los discípulos que desfiguran, empequeñeciéndolo, el ideal del maestro.

En el panorama político español, en ese panorama, no de ahora, antiguo, de las tres Españas que no se han fundido, tienen un gran lugar las ciudades, las ciudades libres, como foco de fuerza material e ideal; es decir, lo que pretendéis vosotros, reaccionando contra las síntesis políticas y uniformemente orgánicas, buscando la especialización del «genius loci», para que en esta contienda triunfe siempre el espíritu sobre la materia.

Otra vez la arquitectura

De un modo deliberado mezclé en mi conferencia lo político con el arte; hicelo de exprofeso, porque quiero ser muy antiguo y muy moderno, buscando en el pasado, pero mirando siempre al porvenir, el caudal vital de la raza y de la ciudad.

Y veréis como vuelve la arquitectura, con la certeza de aquel postulado primario, en que os afirmaba que no te-

niendo originalidad ni vida las construcciones, no las tienen las ideas, ni las tiene una ciudad, y que su libro de piedra es un libro abierto, verídico e imperecedero.

Reparad, sinó, en la casa de Córdoba; en tantos siglos de existencia, no ha podido construirse un albergue digno, apreciable, ni decoroso.

Si quisiéramos que un extraño apreciase nuestra vida municipal, le bastaría con la visión sola de la Casa Ayuntamiento: conatos y ruínas; a los sillares materiales de fuera, carcomidos y sin lugar, corresponden la ruina interior, los sillares morales, sin eficacia ni prestigio; falto dentro el artífice, como se echa de menos afuera, todo es ruina y desorden; y la fisonomía desecha de una fachada inacabada o en ruínas, va diciendo la fisonomía íntima del alma gobernante de la ciudad. No vive ni se aposenta el Ayuntamiento; *para allí*, como en posada aldeana; *para allí*, quizá porque no tiene alma que cuidar, ni le ha hecho falta, ni casa, ni ornato, para su centro espiritual.

No es este un problema ni un símil baladí; no quiero hablaros de los bellos días municipales de las ciudades renanas, de las urbes libres itálicas, de las villas de Flandes, ni aún siquiera de los Municipios castellanos; bástenos el repetido y significativo ejemplo de Sevilla, que de antaño hizo su Casa Municipal; la decoró como un palacio, porque no hay nada que mueva tanto a un ciudadano como el decoro exterior donde hay que rendir el solio y capitolio de su ciudad.

Las casas hablan

Voy a poneros el último ejemplo de esta tenaz motivación mía, para transformar con vosotros y con todos los que quieran acudir, el alma artística de Córdoba.

En una casa de Castilla, creo que en una episcopal, hay esta inscripción que es signo de lo que piensa el señor de ella: «relicturo satis»; es decir, «para el que va de paso, bastante»; pero en otra cordobesa. en una de esas que han guardado el predominio moral, hay otra también latina, que empieza diciendo: «Non nobis...» es decir *No para nosotros, sino para los que vengan después*. Ambas tienen diferente espíritu; refinadamente, aun con vetas de desprendimiento, es la primera un poco egoísta; no tiene señorío ni permanencia;

es bastante, y así no se crean casas ni pueblos. La nuestra, la cordobesa, tiene toda la serenidad y permanencia del hombre que viene al mundo para algo, desplaza de su centro de gravedad el fin egoísta y piensa en él, pero para los que vengan después de él: «non nobis», para los que nos subsiguen, para nuestros hijos y los hijos de ellos, y así en permanencia, alimentar la pura corriente moral, estética y emotiva, a que han de acudir siempre los pueblos que quieren serlo.

Sed, vosotros, de estos; de los que piensan y edifican para un futuro, que ha de ser presente en el alma de otras generaciones.

Final

Ya dije, ante vosotros, lo que decir pensaba y callado tenía. del alma de Córdoba; ni es nuevo, ni profundo, ni he descubierto arcanos misterios; a la juventud creo si haberle mostrado un camino, que ella, sin duda, podrá presentir.

Y los representantes de ella que me han escuchado, creed, en estos momentos de sinceridad, que cuando se cree son trances de confesión, creed a los hombres que en el medio del camino de la jornada obligada, han visto de la vida lo suficiente para juzgar de su amor y dolor.

La Junta de Defensa, debe ser un desencadenamiento y un encauce de energías; algo que funda las tres almas de Córdoba y las desencante, creando la nueva alma para la luz de los nuevos días; esta es su labor y esta su razón de ser y de hidalguías; porque lo demás, si esto viniese, no tiene importancia, ante el alumbramiento de la conciencia ciudadana; y además, que según la bella y conocida frase, si son viriles o románticos, «se os dará por añadidura».

